

Homenaje Ricardo Rodríguez Molas. Viajero de la vida

Guillermo O. Quinteros

Universidad Nacional de la Plata

No estoy seguro de que esa frase sea la mejor para caracterizarlo. Después de todo, no llegué a conocerlo tanto. Sin embargo, son las palabras que me vienen a la mente cuando pienso en él y recuerdo su caminar con alguna dificultad, siempre erguido, caballeresco. Cargaba con un viejo portafolios de cuero lleno de libros marcados, engrosados por señaladores de papel. Esperaban allí el momento oportuno en el que su dueño acudiera al auxilio de sus letras en una clase. “¡Hoola, cómo le va, estimado amigo!” me decía, sonriente. Así es, en los últimos cinco o seis años habíamos comenzado una amistad con el Profesor Ricardo Rodríguez Molas (1930-2006), todo un caballero.

Nunca cursé su materia; escuché algunas de sus ponencias, y sus escritos no me despertaron particular interés, excepto cuando lograba diferenciarme de sus postulados y conclusiones. No temo equivocarme si afirmo que Rodríguez Molas fue pionero en el tratamiento de varios temas escasamente abordados por la literatura histórica, más allá del juicio que a los historiadores nos merezcan.¹ No es el propósito de estas líneas ocuparme de sus obras, sino el de recordarlo apelando a una pequeña parte de nuestros diálogos.

Este viejo amigo falleció el nueve de octubre de 2006, interrumpiéndose así la serie de entrevistas que habíamos programado y dejando abiertas cientos de preguntas que, confieso, agitan mis sentimientos e inquietudes. Nuestras conversaciones empezaban con un trámite administrativo y seguían con su nueva propuesta para el curso siguiente,² la bibliografía que iba a utilizar y entonces... se iniciaba un diálogo que no había imaginado. “¿Conoce usted a Fulano?, léalo. Si le interesa se lo traigo”. Inmediatamente me asumía como alumno, ya que no podía evitar contarme en detalle lo que afirmaba Fulano, las fuentes que había leído y el archivo consultado, y hasta de quién había tomado la idea. Por supuesto, el último nombre mencionado nos llevaba a otro libro, a otras obras y a otros tiempos. Conversar con él era comenzar un largo viaje por lugares, ciudades, calles, bares, libros y autores, bibliotecas y archivos, amigos, anécdotas, costumbres, ideologías, poemas, alcoholes, familias, etc.

Luego de un rato se iba, porque consideraba que había dicho bastante y que su conversación resultaba tediosa. ¿Cómo convencerlo de lo contrario?... Finalmente, hacia mediados del 2005 le propuse continuar con las charlas informales pero grabándolas, y la idea le gustó. Es así que durante los primeros meses de 2006 grabé las conversaciones que, cabe aclarar, se

mantuvieron en el tono de informalidad característico de los amigos en charlas de café, pues el Café de las Artes era nuestro lugar de encuentro.³

Este aquerenciarse en los cafés procedía en él de su época de estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Me contaba que cuando tenía unos veinte años: ...

Rodríguez Molas (en adelante RM) —Iba muy seguido al Bar Florida, si hasta hay unos escritos sobre él. Mis amigos iban a casa. Me pasaban a buscar. Me levantaba y nos íbamos al bar; nos quedábamos hasta las ocho de la noche!. Además no iban solamente estudiantes sino poetas, escritores, gente del mundo literario. Un día con Carlos Griben, fue Diplomático en Alemania, creo que durante la revolución libertadora o un poco después, o con Onganía, no me acuerdo muy bien. Poeta junto con Cóccaro, Nicolás Cóccaro. Estudiante crónico, ya tenía como cuarenta años, era mucho mayor que yo.⁴

Quinteros (en adelante Q) —Parece que lo de la cronicidad de los estudiantes no es algo nuevo. Éstos no se recibían nunca...

RM: —No. Pero fueron ambos profesores también, en la Facultad. Cóccaro era muy buen poeta. Tradujo a Rilke, defendió a... —me dice que últimamente le falla la memoria y sigue—. Claro, yo en ese momento iba virando hacia la izquierda. Yo fui de la derecha, ya le voy a contar. No de derecha sino que colaboraba en revistas de derecha de historia y en otras. ... Bueno, volviendo a Filosofía. Estábamos con Griben que publicaba un... una revista de poesía, Oeste, porque vivían en el oeste con Cóccaro.⁵ Yo trabajaba en la redacción de periodista y Griben no se en qué. Esto fue antes del peronismo, antes de la caída de Perón. Me dice un día: ‘¿vez aquel que está en la esquina? Es el mejor novelista y cuentista de la Argentina y se va a Francia. Consiguió un trabajo’. Era Julio Cortázar. Creo que se fue a trabajar a la UNESCO o algo así, yo lo vi varias veces en el café, hablamos un par de veces. Estaba solo en un rincón. Volvió a Buenos Aires, me parece que recién después de la caída de la dictadura, en la época de Alfonsín y murió poco tiempo después.

Q: —Es decir que usted y sus amigos hacían una vida fuera de sus casas, tenían otros espacios de socialización...

RM: —Claro, se hacía mucha vida social. Íbamos a la librería Letras. Tres chicas eran las dueñas. Las chicas, le decíamos. Yo conocía a una de ellas que tuvo una librería cerca de la vieja biblioteca nacional, a la vuelta en la calle Perú. Se editaban los apuntes y nosotros íbamos a leer los libros, de ojito, o las solapas o las revistas. Le *Nouvel Literarie*, la famosa revista literaria francesa que estaba impresa tipo... como un diario, en tabloide. Se lo pedíamos a la chica y nos lo prestaba. También la revista francesa de Historia... cómo se llama... yo tengo muchos números porque estuve suscripto durante varios años... la de Lucien Febvre...

Q: —Anales

RM: —Anales, sí, ella la recibía y se la pedíamos. Esto era durante el cincuenta y pico y ojeábamos las revistas allí.

Q: —Claro, supongo que costaban un dineral. ¿Usted vivía solo por esa época?

RM: —Sí solo... bueno, solo con mis padres. —Risas— Vivía con papá y mamá. Papá muere en el 56. Llegamos al 56.... Pero te iba a contar... —Una de las pocas veces que me tuteó— Las

librerías, sí. Íbamos todos, es decir no había estudiantes que fueran a Filosofía y que no concurrieran a las librerías de la calle Corrientes o a la de las dos cuadras de la Facultad. Una de ellas era la librería Darwin de Vázquez, que después me hice amigo de él, muchos años después, poco antes de morir. Vázquez, que fue director de publicaciones, de deportes, juveniles, de publicaciones de la Universidad. Estaba ubicada en la calle Reconquista..., Vázquez, que tenía más de 200 fotografías de escritores de la Argentina y de América. Porque cuando iban a la librería de él les pedía que posaran para una toma y lo hacían. Claro que él les conseguía ediciones de griego, de literatura, etc. Fue profesor mío. Me saqué diez, casi patino al final. Me acuerdo ahora también de Cowes, que fue profesor de literatura acá.⁶ Cowes era jefe de trabajos prácticos de Anita Barrenechea, famosa filóloga y escritora, y fue profesor mío. Un día nos encontramos, él ni se acordaba de mí, no me conocía. Imagínese, una materia de 300 alumnos... Me tomó el examen final. Por suerte me fue bien, libre la di. Primero la había cursado con Castagnino pero la abandoné porque no me gustaba.⁷ Entonces, luego de la caída de Perón, un poco más en el 60 la di con Cowes y me tocó Pedro Salinas. Estoy hablando de las obras completas y de los poemas de Pedro Salinas. Bueno, entonces le hablé de Salinas, inclusive como conocía a la sobrina le conté una anécdota que había surgido en una charla. Con la sobrina o sobrina nieta... no sé bien, no recuerdo bien el parentesco. Cuando escribí 'La voz a ti debida' -y recita los primeros versos- 'Miedo. De ti. Quererte es el más alto riesgo. Múltiples, tú y tu vida. Te tengo, a la de hoy, ya la conozco, entro por laberintos, fáciles gracias a ti, a tu mano. Y míos ahora, sí...' ⁸ Entonces me cuenta que su mujer creía que estaba dedicado a ella. Cuando huye de la revolución, de la guerra civil, se va a Puerto Rico -entre risas- y se enamora de cuanta estudiante tenía; y el poema estaba dedicado a una alumna mientras que su mujer estaba feliz! -más risas- Bueno volviendo al examen y a la poesía de Salinas. Cowes -poniendo cara de pícaro- se maquinó mentalmente cuando le conté la anécdota, además de los comentarios sobre los casamientos. Yo tengo una revista de él, me dedicó un número, no sé donde la tengo. Creo que está en la casa de mi hijo, en mi biblioteca, donde hay más de veinte mil volúmenes. Y allí hay fotos de Salinas de distintas épocas. Claro, por ahí está gordo, un hombre alto de 100 kilos de un metro 70 de altura y de pronto... delgado, y es que estaba enamorado de alguien y adelgazaba unos 20 kilos. Bueno la cuestión es que me preguntó sobre teatro y yo odiaba el teatro de Salinas, ni siquiera lo había leído. Y Cowes se dio cuenta, no sé, algo le dije pero no sabía nada. Fíjese que él no se acordaba de mí y yo recuerdo todo esto. No sé si vive Cowes, hasta hace poco fue profesor, hasta hace unos 4 o 5 años atrás. Si vive debe tener como 90 años. Venía acá -señala nuestro lugar de encuentro y aclara- no acá mismo, sino a un bar que estaba enfrente, en aquella cuadra.⁹

Q: —Ahora, me da la sensación de que usted, con el tiempo, se iba haciendo amigo de sus profesores.

RM: —En fin, sí. Profesores que con el tiempo fueron también amigos, ¡unos personajes! Me acuerdo de cuando vivía en mi vieja casa de Paraguay 5340. A tres cuadras de ahí vivía José Torre Revello. Tendría mi edad actual, no, no, bastante más. Yo ya era grande, fui a la casa a visitarlo poco antes de que muriera. Le cuento. Torre Revello vendía diarios, en la

esquina de Reconquista y Viamonte... Tendría unos diecisiete o dieciocho años. Ravignani le compraba los diarios, como le podría haber comprado a cualquier vendedor. Se los vendía a Ravignani y éste siempre lo veía leyendo, a Torre Revello, que era el encargado de la venta. En esa época no había kioscos como los de ahora, sino que sobre los muros de las alcobas, o los escalones de las casas ponían todos los diarios, que eran cinco o seis y dos revistas, más no salían. Revistas extranjeras no. Y le dice un día Ravignani a Torre Revello... esto debe haber sido poco antes o poco después del 30. Y le dice: ¿no quiere venir a trabajar al Instituto, como cadete o como escribiente de tercera o cuarta o algo así? Entonces le dice que sí, que cómo no. Imagínese que en esa época significaba ascender tanto económica como socialmente. Era importante. Después lo envían a España, empieza a publicar en el Boletín del Instituto, comienza su carrera.

Q: —¿Pero cómo lo conoció? ¿En el barrio?

RM: —No. Yo lo conocí a Torre Revello porque fue profesor mío en la época del peronismo y estuvo en varias mesas de exámenes conmigo. Estuvo en Introducción a la Historia, cuando el Titular era Freixas, el dueño de Ocho Hermanos. Un personaje de mucho dinero, la familia era dueña de la fábrica de licores, hijo de catalanes, no sé si existirá todavía...¹⁰

Q: —Sugiero comprobarlo mediante un pedido a la moza que nos atiende. (Responde amablemente)

RM: —Nooo, ya no. —Riéndose— Hoy debo tener más de ciento veinte a esta altura. (Era una tarde de mucho calor).

Seguidamente volvimos a la charla, ahora referida al trabajo docente. Me hablaba de lo mucho que teníamos por hacer en nuestra práctica, dado que los “muchachos de ahora” o “los jóvenes de hoy” —como llamaba a sus alumnos— hablaban mucho pero conocían muy poco. Cabe señalar que todos los años tenía a su cargo, en promedio, un curso de no menos de treinta alumnos avanzados del Profesorado y Licenciatura en Historia. Entonces me enumeraba, por ejemplo, autores marxistas clásicos, pasando por la Escuela de Frankfurt y llegando hasta el denominado postmarxismo, para decirme que los alumnos no los conocían.

RM: —Quieren hacer interpretaciones marxistas y no han leído a estos autores; y a algunos no los conocen ni de nombre!

Q: —¿Por eso es que siempre anda tan cargado?

RM: —Sí, pero no se trata solamente de que no saben de Marx. Yo les traigo libros viejos que deberían conocer para que vean que hay cosas que ya han sido dichas y algunas refutadas. Sobre todo de autores argentinos y latinoamericanos que no conocen.

Q: —¿No le parece que esa situación está relacionada con el tipo de formación, de educación que usted recibió, distinta de, por ejemplo, la de esta generación? Usted me hablaba de que le enseñaban método...

RM: —Freixas nos enseñaba método y trabajábamos como perros. Mire, yo creo que si les hiciéramos hacer a los alumnos actuales la cuarta parte de lo que a nosotros nos enseñaban,

le hacen una huelga general en la Carrera de Historia. Cierran la Universidad por dos años –muchas risas– La cierran acusándonos de dictadura intelectual. –Más risas–

Mire. Me acuerdo que nos mandaban a hacer un estudio sobre las civilizaciones en las columnas de Trajano. Claro, aprendí sobre los grandes cortes documentales de los Historiadores de ese mundo. A algunos les tocaba sobre los papas. A mi me tocó sobre patología. Tuve que ir a consultar la única colección y una de las pocas colecciones que existen en Latinoamérica, la colección de Migné, griego y latino, cuarenta tomos.¹¹ Donde están los evangelios apócrifos hasta el siglo IV. Ese era el trabajo, mucho trabajo. Ah! También nociones de paleografía. Aprendíamos sobre los grandes corpus documentales... hoy no tienen ni idea. Paleografía y cartografía romana... Ya no digo que aprendan la colección de Migné, hoy no pueden leer un documento de la historia argentina, un documento de la colonia. Yo todavía me acuerdo de los dos tomos de la paleografía de Millares Carlo, que me la había regalado..., un historiador extranjero. Que publicó la historia de las indias de De Las Casas con una versión paleográfica fabulosa.¹² Íbamos al archivo para consultar los Protocolos de Escribanos del 1590 para estudiar la letra encadenada, esas cosas y la evolución de la caligrafía. Teníamos que conocer todas las grandes recopilaciones documentales importantes de la argentina; y que hoy ni siquiera los que escriben historia las conocen! ¡Ni por las tapas! Nos obligaban a ir a la biblioteca tres o cuatro horas durante una semana a trabajar. Hoy los manda cuatro horas a una biblioteca... pero estoy seguro que le hacen una revolución acá... en Filosofía y Letras –quiso decir Humanidades– Se estudiaba en serio.

Ello no quería decir para él que todo tiempo pasado fue mejor. Por el contrario, decía que también se cometían grandes errores, porque si la enseñanza sobre la contracción al trabajo era una virtud, la interpretación que se hacía de la historia dejaba mucho que desear. El problema para él era que, sin aquello, la mera interpretación resultaba inconsistente.

A los setenta y cinco años, Ricardo Rodríguez Molas continuaba preocupado por sus alumnos, por los “jóvenes de hoy”; planificando su nuevo curso, haciendo nuevos amigos, preparando el próximo viaje, mirando hacia el futuro. Vale la pena recordar que en uno de sus libros, dedicado a sus hijos (“...con la esperanza en los días que vendrán”), hizo suya una frase de Henri Pirenne que dice: “Si yo fuera un anticuario sólo me gustaría ver cosas viejas. Pero soy un historiador por eso amo la vida”.¹³

Estas breves líneas no tienen otra pretensión que la de ofrecer una semblanza para homenajear a un viejo amigo. Homenaje que me hubiera gustado hacerle en vida.

Notas

¹ Entre otras obras de Ricardo Rodríguez Molas: (1968) *Historia social del gaucho*, Marú, Buenos Aires; (1957) *La música y la danza de los negros en el Buenos Aires de los siglos XVIII y XIX*, Clío, Buenos Aires; (1985) *Los sometidos de la conquista*, CEAL, Buenos Aires; (1982) *Las pulperías*, CEAL, Buenos Aires; (1983) *El servicio militar Obligatorio*, CEAL, Buenos Aires; (1984) *Divorcio y familia tradicional*, CEAL, Buenos Aires; (1985) *Historia de la tortura y el orden represivo en la Argentina*, EUDEBA, Buenos Aires.

² El autor de estas líneas era por entonces Secretario del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP.

³ Dicho café está ubicado en la esquina de calle 50 y 6 de la ciudad de La Plata.

⁴ No he podido aún confirmar los datos sobre Griben, por cierto un personaje vinculado al mundo de la poesía y la cultura en general, sobre todo alemana. Mina Gondler y Carlos Griben escribieron un catálogo de esculturas para Ediciones Culturales Argentinas en 1962.

⁵ Reconocido poeta, escritor y crítico literario, escribió una obra denominada *Benito Lynch*, en la que “Oeste” aparece como la empresa editora de la misma en 1954.

⁶ Hugo Cowes fue profesor Titular de Teoría Literaria I y II, Director del Centro de Teoría y Crítica Literarias, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP.

⁷ Se trata de Raúl Castagnino, escritor entre otras obras de *El teatro en Buenos Aires durante la época de Rosas*, Academia Argentina de Letras, 1989, dos tomos. Fue Presidente de esa Academia a partir de octubre de 1982 (completando el período del fallecido Bernardo Canal Feijó) y reelegido sucesivamente en Mayo de 1983; Abril de 1989, Abril de 1992, Abril de 1995 y abril de 1998. Falleció en abril de 1999.

⁸ Pedro Salinas, poeta español de la denominada generación del ‘27 (1891-1951), visitó numerosos países a raíz de su exilio durante la guerra civil espa-

ñoia. El citado poema se encuentra en su libro *La voz a ti debida y razón de amor*, hay una edición de 2004, sin más datos.

⁹ Se refiere al antiguo Bar Don Julio que estaba ubicado en calle 6 y 49, enfrente del bar en que nos encontrábamos.

¹⁰ Alberto Freixas era especialista en Historia Antigua. Publicó –entre otras– *Frontón. Su correspondencia con Marco Aurelio y Lucio Vero contenida en el Códice Vaticano 5750*, Buenos Aires, UBA, 1928. La marca “8 Hermanos” fue vendida al grupo Cusenier a principios de los años 1970. EL dato es aportado por uno de los descendientes de la familia Freixas. Fernando Freixas ahora dueño de la Marca Hesperidina. En www.iae.edu.ar, 31-07-2006.

¹¹ Jacques-Paul Migné. *Patrologiae. Serie Graeca*. Dicha obra se encuentra en la Biblioteca de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

¹² La obra de Agustín Millares Carlo es extensa. Se refiere específicamente a *Tra-tado de Paleografía Española* en colaboración con J. M. Ruiz Asencio, Madrid, Espasa-Calpe, 1983 y a Fray Bartolomé de Las Casas. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, México, 1941, editada y prologada por Millares Carlo.

¹³ En *Historia de la tortura...*, Op. Cit.